

HISTORIA POLÍTICA E INTELECTUAL DE ROMA

**Asignatura obligatoria del Máster en Historia y Ciencias de la
Antigüedad (UCM – UAM)**

Materiales docentes del curso 2017-18



Profª. Ana Mayorgas Rodríguez
Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

HISTORIA POLÍTICA E INTELECTUAL DE ROMA
Máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad (UCM-UAM)
Prof^a Ana Mayorgas Rodríguez

I. La Roma pre-literaria

Introducción teórica a la oralidad y la escritura

Pontífices y anales máximos

Memoria colectiva: calendario religioso y topografía urbana

Aristocracia, memoria y *exempla*

II. Roma frente a Grecia

Aculturación y diálogo cultural: una revisión teórica

Política y cultura de la Grecia helenística

La helenización de Roma: del botín de guerra al *otium cum dignitate*

El anti-helenismo y la figura de Catón el Censor

La formulación de una identidad romana

III. La creación del discurso histórico romano

La invención griega de la historia: de Heródoto a Polibio

La analística republicana: Eneas, Rómulo y la fundación de la ciudad

Verdad y retórica en la historia: la reflexión de Cicerón

I. LA ROMA PRE-LITERARIA

Pontífices y Anales Máximos

1) Cicerón *De oratore* 2.12.51

“Pues realmente” continuó Antonio “¿qué clase de orador y qué tipo de hombre se precisa para escribir historia (*historiam scribere*)?”. “De los cimeros” dijo Catulo “si se escribe como los griegos; si como los nuestros, no hay que recurrir al orador; basta con ser veraz (*non esse mendacem*)”. “Mas” dijo Antonio, “no vayas a despreciar a los nuestros, que también los propios griegos en un principio escribían historia como nuestro Catón, como Píctor, como Pisón; ya que la historia no era otra cosa que un ensamblaje de anales (*historia nihil aliud nisi annalium confectio*); y para conservar y guardar pública memoria de tales hechos, desde los primeros tiempos de Roma hasta el pontificado de Publio Mucio, el pontífice máximo hacía escribir todos los hechos acaecidos en el año (*res omnis singulorum annorum mandabat litteris*), los hacía copiar en una superficie blanca y exponía delante de su casa esa pizarra, para que el pueblo tuviera la oportunidad de conocerlos (*potestas ut esse populo cognoscendi*), todavía se los conoce como *Anales Máximos*.

Muchos han seguido este modo de escribir historia, y así, sin tipo alguno de ornato, tan solo dejaron constancia de lo que acaeció, de cuándo, de dónde, y de sus protagonistas (*sine ullis ornamentis monumenta solum temporum, hominum, locorum gestarumque rerum reliquerunt*). Y así como entre los griegos Ferécides, Helánico, Acusilao y muchísimos otros, del mismo modo nuestro Catón y Píctor y Pisón, quienes ni dominan los medios mediante los que se adorna el lenguaje –pues no hace mucho que se han importado a Roma- y, con tal de ser comprendidos en lo que dicen, reputan la brevedad como el único mérito de una exposición. Un excelente varón, Antípatro, que frecuentó a Craso, se elevó un poco más y le añadió a la historia un tono mayor; los demás no fueron artistas del pasado sino tan solo sus fedatarios (*narratores*)”.

2) Servio, *Commentarius in Vergili Aeneidos* 1.373

“Los Anales se elaboraban (*annales conficiebantur*) del siguiente modo. Cada año el pontífice máximo tenía una tablilla blanqueada (*tabulam dealbatam*) en la que anotaba habitualmente bajo el nombre de los cónsules y demás magistrados todo lo sucedido día a día durante los períodos de paz y de guerra, tanto en Roma como fuera, que fuera digno de ser recordado (*in qua praescriptis consulum nominibus et aliorum magistratuum digna memoratu notare consueverat domi militiaeque terra marique gesta per singulos dies*). Gracias a su diligencia estos comentarios anuales fueron recogidos por los antiguos en ochenta libros, y recibieron el nombre de Anales Máximos por ser el pontífice máximo quien los elaboraba (*cuius diligentiae*

annuos commentarios in octoginta libros veteres retulerunt, eosque a pontificibus maximis a quibus fiebant annales maximos appellarunt".

3) Cicerón, *De oratore* 3.33.133

"Cuando Euclides o Arquímedes enseñaban la geometría, cuando Damón o Aristoxeno profesaban la música, o Aristófanes y Calímaco las letras, ¿crees que estuvieron tan separadas que nadie abrazó la totalidad, sino que cada uno eligió una parte para trabajar en ella? Yo mismo [Craso] oí a mi padre y a mi suegro que nuestros mayores, cuando querían alcanzar la gloria de la sabiduría (*sapientiae gloria*), abrazaban todas las ciencias conocidas entonces en nuestra ciudad (*omnia, quae quidem tum haec civitas nosset*). Ellos se acordaban de Sexto Elio. Nosotros hemos visto a M. Manilio pasearse por el foro, como ofreciendo a todos los ciudadanos el auxilio de su consejo. Y ora estuviese en el foro, ora en su casa sentado en la silla de jurisconsulto, no sólo iban a consultarle sobre el derecho civil, sino sobre el matrimonio de una hija, sobre la compra de un fundo, sobre el cultivo de un campo, sobre todo negocio u obligación. Esta fue la sabiduría (*sapientia*) del antiguo Publio Craso; esta la de Tiberio Coruncanio; esta la del prudentísimo Escipión, bisabuelo de mi yerno, todos los cuales fueron pontífices máximos, y se les consultaba sobre todas las cosas divinas y humanas, y ellos daban su parecer y consejo (*consilium suum fidemque praestabant*) en el Senado y ante el pueblo, y en las causas de los amigos, en la paz y en la guerra".

4) Catón (*Origenes* 4.1 Chassignet 2) (= Aulo Gelio *Noctes Atticae* 2.28.6)

"No es de mi agrado escribir lo que se encuentra en la tablilla del pontífice máximo (*in tabula apud pontificem maximum*); cuántas veces sube el precio de la cosecha (*quotiens annona cara*), o cuántas veces una nube o cualquier otra cosa oculta la luz del sol o de la luna (*quotiens lunae aut solis lumine caligo aut quid obstiterit*)".

5) Cicerón, *De republica* 1.25

"Más tarde este fenómeno (eclipse de sol y luna) no pasó desapercibido a nuestro Enio, quien escribió que en el año trescientos cincuenta de la fundación de la ciudad (*anno quinquagesimo <et> CCC. fere post Roman conditam*) "en las nonas de junio la noche y la oscuridad ocultaron el sol". Y existe en este asunto una precisión tal que a partir de ese día señalado por Enio y en Anales Máximos (*apud Ennium et in Maximis Annalibus consignatum uidemus*) se pueden calcular los anteriores eclipses de sol hasta aquel que tuvo lugar durante el reinado de Rómulo en las nonas de julio, durante el cual se cuenta que la naturaleza llevó a Rómulo a una muerte humana, mientras que su virtud le colocó en el cielo".

6) *L'annalistique romaine I*. Chassignet F7 (= Aulo Gelio, *Noctes Atticae* 4.5)

La estatua de Horacio Cocles, hombre destacado, que había sido erigida en el Comicio fue alcanzada desde el cielo. Para expiar este rayo con sacrificios, se llamó a unos arúspices de Etruria, los cuales, hostiles al pueblo romano, decidieron actuar en este asunto en contra de los preceptos y de forma perversa aconsejaron trasladar la estatua a un lugar menos elevado que nunca iluminaba el sol debido a los altos edificios circundantes. Cuando ya habían convencido a las autoridades para realizar aquello, fueron denunciados y llevados ante el pueblo y, tras confesar su perfidia, se les dio muerte, y se decidió que aquella estatua, de acuerdo con lo que aconsejaban los motivos verdaderos descubiertos más tarde, debía ser trasladada a un emplazamiento eminente y colocada, en consecuencia, en un espacio elevado de la explanada de Vulcano. De ello se derivaron éxito y prosperidad para el pueblo romano. Cuentan que, debido a que en aquella circunstancia se tomaron medidas de represión y castigo contra los arúspices etruscos que habían dado un pérfido consejo, se compuso este ingenioso estribillo que los niños entonaron por toda la ciudad: "el mal consejo resulta muy pernicioso para el consejero".

Este relato sobre los arúspices y este verso senario están registrados en el libro XI de los *Anales Máximos*, así como en el primero de las *Cosas memorables* de Verrio Flaco".

7) *L'annalistique romaine I*. Chassignet F4 (= Ps. Aurelio Víctor, *Origo gentis romanae* 17.5)

"Todos los descendientes que reinaron en Alba hasta la fundación de Roma (*usque ad conditam Romam*) tenían el sobrenombre de Silvio según está escrito en el libro cuarto de los Anales de los pontífices (*ut est scriptum Annalium Pontificalium libro quarto*)".

8) Suetonio, *Caesar* 20.1

"Inaugurado el cargo (consulado), estableció por primera vez que se redactaran y se publicaran tanto las actas diurnas del Senado como las del pueblo (*in ito honore primus omnium instituit, ut tam senatus quam populi diurna acta confierent et publicarentur*)."

El calendario religioso y la memoria cultural romana

1) Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades Romanas* 1.88.2-3

Cuando pensó (Rómulo) que se había hecho todo cuando era razonablemente grato a los dioses, llamó a todos al lugar señalado y dibujó la figura de un cuadrado alrededor de la colina trazando mediante un arado, compuesto por un buey uncido junto a una vaca, un surco continuo que

debía recibir la muralla. Desde entonces entre los romanos se conserva esta costumbre del surco alrededor del terreno en la fundación de ciudades. Hecho esto, sacrificó al buey y la vaca, y realizó las ceremonias iniciales de otros muchos sacrificios. Luego envió al pueblo a trabajar. Aún en mis días la ciudad de Roma celebra cada año esta fiesta situándola entre sus mayores festividades, la llaman Pariles. En ella los labradores y pastores, al empezar la primavera, hacen sacrificios de acción de gracias por la fecundidad de su ganado. Si antiguamente festejaban este día con celebraciones recordándolo como el más conveniente para la fundación de la ciudad, o si hacían sagrado el comienzo de la construcción y pensaban que debían honrar en él a los dioses favorables a los pastores, no puedo decirlo con seguridad.

2) Plutarco, *Rómulo* 12.1-2

Se suele estar de acuerdo en que la fundación tuvo lugar el once antes de las Calendas de mayo; en este día hacen fiesta los romanos, dándole el nombre de día del nacimiento de la patria. Al principio, según dicen, no sacrificaban nada con vida, sino que, en su opinión, debían guardar pura y sin sangre la fiesta conmemorativa del nacimiento de la patria. Sin embargo, también antes de la fundación, celebraban en este día una fiesta pastoril; la llamaban Parilias.

3) Ovidio, *Fastos* 2.267-380.

La tercera aurora después de los idus contempla a los desnudos lupercos y comienzan las fiestas del bicornio Fauno. Decídme, Piérides, cuál es el origen de estas ceremonias, y traídas de qué lugar llegaron hasta las moradas latinas. Según se cuenta, los antiguos arcadios veneraban a Pan, dios de los rebaños. (...) A estos orígenes añade, Musa mía, los latinos; y que nuestro corcel galope por una arena que le es propia. En honor de Fauno, el de astado pie, y según la costumbre, habían sacrificado una cabrilla. A este humilde festín había acudido una muchedumbre de invitados. Mientras los sacerdotes preparaban las entrañas ensartadas en asadores de sauce, habiendo recorrido ya el sol la mitad de su curso, Rómulo, su hermano y los jóvenes pastores mostraban al sol en la llanura sus cuerpos desnudos. Jugando, ejercitaban sus brazos con palancas, jabalinas y el lanzamiento de pesadas piedras. Desde una altura un pastor les dice a gritos: “¡Rómulo, Remo! ¡Allá, por tierras extraviadas, los ladrones se están llevando los novillos!” El tomar las armas hubiera llevado tiempo. Uno y otro se lanzan en distinta dirección. Pero el botín fue recuperado gracias al encuentro de Remo con los ladrones. Al regresar, arranca de los asadores las carnes que chisporrotean, y dice: “Éstas, de seguro, no va a comerlas más que el vencedor”. Cumple su palabra. Otro tanto hacen los Fabios. Rómulo retorna sin haber tenido suerte y ve las mesas vacías y los huesos desnudos de carne. Se echó a reír, pero le dolió que hubieran podido resultar vencedores los Fabios y Remo y que no lo

lograran sus Quintilios. Aún pervive el recuerdo de este suceso: los lupercos corren desnudos, y se conserva la memoria imperecedera de aquel acontecimiento que tuvo un final feliz.

4) Plutarco, *Rómulo* 21.4-9

Los Lupercalia, por la fecha, podría parecer que son ritos de purificación. Efectivamente, se celebran en días nefastos del mes de febrero, mes que puede interpretarse como “purificador” y a ese día lo llamaban antiguamente febrate. El nombre de la fiesta significa en griego Licayas y, por eso, parece que era muy antigua, heredada de los árcades de Evandro. Ahora bien, esto es en su conjunto; pues, posiblemente, el nombre haya venido de la loba. En efecto, vemos que los lupercos inician la carrera desde el lugar donde dicen que Rómulo fue amamantado. Sin embargo, los ritos hacen más difícil de entender el origen, pues sacrifican cabras y, luego, conducidos ante ellos dos jovencitos de familia noble, unos les tocan la frente con una daga manchada en sangre, y otros se la limpian enseguida, aplicándoles un copo de lana untado en leche. Los jovencitos tienen que echarse a reír después de esta operación. Seguidamente cortan la piel de las cabras y se lanzan a correr desnudos, con paños ceñidos, golpeando con las pieles a los que encuentran. Las mujeres en sazón no evitan los golpes, pues creen que contribuyen a la fecundidad y al embarazo.

5) Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades Romanas* 1.79.10-11

Cuando crecieron, a uno le puso de nombre Rómulo y a otro, Remo. Éstos se hicieron hombres y, tanto por la dignidad de su aspecto como por su buen juicio, no parecían porqueros o vaqueros, sino lo que uno esperaría de los nacidos de linaje real y tenidos por vástagos de los dioses; así, todavía hoy son celebrados por los romanos en sus himnos tradicionales (ἐν τοῖς πατρίοις ὕμνοις). Sin embargo, su vida era la propia de un vaquero; se mantenían de su propio trabajo, la mayoría de las veces en las montañas, en cabañas cubiertas que se habían construido a base de madera y cañas. Una de ellas todavía existía en mi época, la llamada cabaña de Rómulo, en el lado del Palatino que mira hacia el Circo, y es conservada como sagrada por quienes se encargan de estos asuntos (ἣν φυλάττουσιν ἱερὰν οἷς τούτων ἐπιμελες), sin intentar hacerla más suntuosa, pero si sufre algún daño por las tormentas o por el paso del tiempo, reparan la parte deteriorada restaurándola en la medida de lo posible.

La memoria gentilicia

1) Cicerón, *Bruto* 19.74-75

“A mí”, dijo Bruto, “me agradan estas, por así decir, precisiones cronológicas y creo que, para tu propósito de reagrupar a los distintos tipos de oradores según la época en que vivieron, esta diligencia tuya resulta conveniente”. “Tienes toda la razón, Bruto”, repuse. “¡Y ojalá se conservaran los versos aquellos que, según atestigua en su *Orígenes*, mucho antes de su época cada uno de los invitados entonaba en los banquetes elogiando a los varones ilustres (*de clarorum virorum laudibus*)!”

2) Cicerón, *Disputaciones tusculanas* 4.2

Catón, autor muy responsable, dijo en los *Orígenes* que entre nuestros antepasados existió esa costumbre en los banquetes, que los comensales sucesivamente cantaran con acompañamiento de la flauta las glorias y las virtudes de los ciudadanos ilustres (*clarorum virorum laudes atque virtutes*); de lo que aparece que ya entonces estaban establecidos los cantos con los ritmos de las voces y los versos (*ex quo perspicuum est et cantus tum fuisse discriptos vocum sonis et carmina*). Aunque incluso las XII Tablas confirman esto mismo, que ya había costumbre de componer versos, porque sancionaron con una ley que no se permitiese componerlos para ultraje de nadie.

3) Polibio, *Historias* 6.53-54

Cuando muere un hombre ilustre entre los romanos, en la celebración de su funeral es llevado al foro, a los llamados “rostros”, y es expuesto a la vista de todos, generalmente en posición vertical, rara vez tendido. Una vez que el pueblo todo se congrega en torno, saliendo a la tribuna un hijo, si es que le queda alguno adulto y se halla por casualidad presente, o si no, algún otro de sus descendientes, evoca las virtudes del muerto y los éxitos obtenidos durante su vida. El resultado de esto es que, al recordar y revivir ante sus ojos los hechos (*τοὺς πολλοὺς ἀναμνησκομένους καὶ λαμβάνοντας ὑπὸ τὴν ὄψιντὰ γεγονότα*), no sólo aquellas personas que tomaron parte en las hazañas, sino también los que se mantuvieron fuera de ellas llegan a compartir una emoción tal que el duelo no parece el propio de los familiares sino el de toda la ciudad (...). Cuando muere algún miembro las llevan (las máscaras) al entierro haciendo que las transporten hombres que se les parezcan lo más posible por su estatura y por su porte en general. Estos hombres llevan, además, toga bordada de púrpura, si la máscara corresponde a un cónsul o a un pretor, toga de púrpura, si se trata de un censor, y toga bordada de oro, si se trata de alguno que obtuvo un triunfo o realizó una acción semejante. Estos avanzan sobre carros y les preceden las fasces y las hachas y demás atributos que acompañan habitualmente a los magistrados, según el mérito del cargo que cada uno hubiera tenido en vida en su actuación pública. Una vez que se

llega a la tribuna rostral, se sientan, uno detrás de otro, en sillas de marfil. No es fácil contemplar un espectáculo más bello que éste para un joven amante de la gloria y de la virtud. Pues ¿a quién no subyugaría el ver las imágenes de hombres honrados por su virtud, todas juntas, como si vivieran y respiraran? ¿Qué espectáculo se podría mostrar más hermoso que éste? (54) Además, el orador que habla del difunto que se va a enterrar, una vez que ha tratado de él, comienza a hablar de los éxitos y de las hazañas de cada uno de los que están presentes en imagen, empezando por el más antiguo. De este modo, al renovar una y otra vez la fama de virtud de estos prohombres (ἐξ ὧν καινοποιουμένης ἀεὶ τῶν ἀγαθῶν ἀνδρῶν τῆς ἐπ' ἀρετῆς φήμης se immortaliza (ἀθανατίζεται) la gloria de sus bellas gestas y la reputación de los bienhechores de la patria se hace conocida para el pueblo y se transmite a la posteridad (τοῖς ἐπιγινομένοις ἢ τῶν εὐεργετησάντων τῆν πατρίδα γίνεται δόξα).

4) Plinio el Viejo, *Historia Natural* 7.139-140

Quinto Metelo, en el discurso que pronunció en las honras fúnebres de su padre Lucio Metelo, pontífice, dos veces cónsul, dictador, maestro de caballería, quindecénviro para el reparto de tierras, y el que después de la primera guerra púnica condujo en un triunfo elefantes, dejó escrito que su padre había reunido las diez cosas más grandes y mejores, en cuya busca empleaban su vida los sabios: en efecto, había querido ser un guerrero de primera fila, el mejor orador, el más valiente general, que bajo sus auspicios se llevaran a cabo las empresas más grandes, ocupar el más alto cargo, tener la mayor sabiduría, ser considerado el senador más grande, conseguir mucho dinero de forma honrada, dejar muchos hijos y ser el más ilustre en la ciudad; estas cosas le habían acontecido sólo a él y a ningún otro desde la fundación de Roma.

5) Cicerón, *Bruto* 16.62

Las familias, en efecto, los conservaban [los discursos fúnebres] casi como una distinción y un testimonio (*quasi ornamenta ac monumenta*), tanto para utilizarlas si algún miembro moría, como para mantener la memoria de los méritos familiares y realzar su nobleza (*ad memoriam laudum domesticarum et ad illustrandam nobilitatem suam*). Pero estos elogios (*laudationibus*) han hecho que nuestra historia esté llena de errores (*historia rerum nostrarum est facta mendosior*). Y es que muchos de los hechos en ellos consignados no ocurrieron realmente: falsos triunfos, mayor número de consulados, incluso falsas genealogías (*genera falsa*) y el paso a la clase plebeya (*ad plebem transitiones*), pues los más humildes pretendían introducirse en otra familia del mismo nombre, igual que si yo dijera que desciendo de Manlio Tulio, el patricio que fue cónsul con Servio Sulpicio diez años después de la expulsión de los reyes.

Bibliografía selecta

- Chassignet, M. (ed) (1996), *L'annalistique romaine I. Les annales des pontifes et l'annalistique ancienne (fragments)*, Les Belles Lettres, Paris.
- Cornell, T.J. (ed.) (2013), *The Fragments of the Roman Historians*, 3 vols., Oxford University Press, Oxford.
- Feeney, D. (2016), *Beyond Greek. The Beginnings of Latin Literature*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Flower, H. (1996), *Ancestor masks and aristocratic power in Roman culture*, Clarendon Press, Oxford.
- Frier, B.W. (2002)[1979], *Libri Annales Pontificum Maximorum. The Origins of the Annalistic Tradition*, Papers and Monographs of the American Academy in Rome 27, Ann Arbor, Michigan.
- Habinek, T. (2005), *The world of Roman song: From ritualized speech to social order*, Johns Hopkins University, Baltimore.
- Hölkeskamp, K.-J. (2006), "History and Collective Memory in the Middle Republic", N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (eds.), *A Companion to the Roman Republic*, Blackwell, Malden, Massachusetts, pp. 478-495.
- Richardson, J.H. (2011), "The Vestal Virgins and the Use of the *Annales Maximi*", J.H. Richardson y F. Santangelo (eds.), *Priests and State in the Roman World*, Stuttgart, pp. 91-106.
- Santangelo, F. (2011), "*Pax deorum* and pontiffs", J.H. Richardson y F. Santangelo (eds.), *Priests and State in the Roman World*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, pp. 161-185.

II. ROMA FRENTE A GRECIA

La helenización de Roma y la figura de Catón el Censor

1) Plutarco, *Catón* 3.5-7

“Por eso también no le importó hacerse rival del gran Escipión que, aunque joven entonces, se enfrentaba a la influencia de Fabio y daba la impresión de envidiarle; por el contrario, cuando fue enviado con él como cuestor a la guerra de África, tan pronto como vio que el hombre practicaba su acostumbrado despilfarro y que gastaba dinero despreocupadamente con el ejército, le hablaba con toda libertad, diciendo que lo más importante no era el gasto, sino que corrompía la frugalidad tradicional de los soldados al dedicarse ellos a unos placeres y lujos que sobrepasaban la necesidad. Y al responder Escipión que para nada necesitaba un cuestor muy severo, cuando dirigía la guerra con las velas desplegadas, porque debía dar razón a la ciudad de sus acciones y no de sus gastos, Catón se fue de Sicilia y, junto con Fabio, proclamando a gritos en el senado la incontable corrupción de Escipión y sus pueriles pérdidas de tiempo en palestras y teatros, como si estuviera no en una campaña, sino celebrando una fiesta, consiguió que fueran enviados tribunos de la plebe junto a él, para conducirlo a Roma si las acusaciones parecían ciertas. En todo caso, Escipión tras poner a la vista la victoria en la preparación de la guerra y mostrar que era amable cuando se reunía con los amigos en el tiempo libre, pero en absoluto negligente para lo serio e importante por lo desprendido de su género de vida, zarpó a la guerra”.

2) Plutarco, *Catón* 22

“Siendo ya anciano, llegaron a Roma como embajadores de Atenas los filósofos Carnéades el académico y Diógenes el estoico para rechazar cierta sentencia contra el pueblo ateniense, a la que fueron condenados sin comparecencia, siendo sus acusadores los de Oropo, y los sicionios quienes los condenaron a una multa de quinientos talentos. Pronto los jóvenes más aficionados a la dialéctica corrían junto a estos hombres y los frecuentaban, escuchando sus lecciones y admirándolos. Especialmente el encanto de Carnéades, cuya fuerza era enorme y su fama no inferior a su fuerza, después de alcanzar grandes y amables auditorios, llenó la ciudad como un viento de clamor. Y dominaba el rumor de que un griego, prodigioso hasta el asombro, seduciendo y conquistando todo, había lanzado a los jóvenes un deseo formidable, bajo el cual, apartándose de otros placeres y ocupaciones, se entusiasmaban por la filosofía. A los demás romanos les parecía bien lo que ocurría y contemplaban con agrado que los jóvenes participasen de la cultura griega y que tuviesen trato con hombres admirables. Pero Catón se disgustaba desde el principio con el fervor que por las palabras fluía hacia la ciudad, temiendo no fuera a

ser que los jóvenes, tras alejarse de lo que hasta entonces era el amor a la gloria, amaran la fama por la elocuencia más que la que procede de acciones y expediciones militares; y cuando crecía la fama de los filósofos en la ciudad y tradujo sus primeros discursos ante el senado un hombre distinguido, Gayo Acilio, que se aplicó personalmente y lo pidió, Catón decidió que todos los filósofos fueran alejados de la ciudad con decoro. Se presentó ante el senado y reprochó a los magistrados que permaneciese inactiva tanto tiempo una embajada de hombres que podían fácilmente persuadir de todo lo que querían. Por tanto, era preciso resolver de la manera más rápida y votar sobre la embajada, para que ellos, volviendo a sus escuelas, trataran con niños griegos, y los jóvenes romanos escucharan, como antes, las leyes y a los magistrados”.

3) Polibio, *Historias* 39.1.1

“Aulo Postumio fue un hombre que mereció ser recordado por lo que sigue: de familia y de linaje nobles, fue, con todo, notablemente chistoso, locuaz y petulante. Desde su infancia, la cultura y la lengua griegas le apasionaron; en ello fue tan desmedido, que, por culpa suya, la admiración por Grecia fue algo molesto para los notables romanos que contaban ya alguna edad. Llegó a componer un poema y emprendió la redacción de una historia pragmática, en el prólogo de la cual pedía comprensión a sus lectores si, por el hecho de ser romano, no dominaba a la perfección la lengua griega y el método de tratar el tema. Parece que Marco Porcio Catón le replicó ingeniosamente preguntándole qué razón le impulsaba a semejante petición. Pues, si le hubiera ordenado redactar una historia el consejo de los anfictiones, sin duda hubiera encajado hacer este ruego y ofrecer excusas, pero, si se ponía a escribir voluntariamente, no había ninguna necesidad de pedir indulgencia para sus barbarismos; hacerlo era sumamente ridículo y tan inútil como si uno que se hubiera inscrito en los torneos deportivos de pugilismo o del pancraccio, una vez llegado al estadio, cuando le tocara competir, pidiera comprensión al público si no era capaz de sostener la fatiga o los golpes (...) Este Aulo Postumio, durante su vida, emuló los peores vicios de los griegos: fue amigo de los placeres y enemigo de las penalidades. Cosa evidenciada por las circunstancias de entonces, pues fue el primero en llegar a las regiones de Grecia, pero, cuando se iba a librar la batalla de Fócide, pretextó una anemia y se retiró a Tebas para no verse obligado a entrar en combate. Concluido el choque, fue el primero que comunicó el éxito al senado romano, y lo explicó todo con detalle, como si hubiera luchado allí personalmente”.

4) Cornelio Nepote, *Vida de Catón* 1.4

“Como pretor obtuvo la provincia de Cerdeña de donde había llevado a Roma al poeta Enio el año anterior, siendo cuestor, en un viaje desde África. Esto es algo que no estimamos en menor medida que el más ilustre triunfo que pudiera haber tenido sobre los sardos”.

La formulación de una tradición e identidad romanas

1) Horacio *Epístolas* 2.1.156-157

Graecia capta ferum victorem cepit et artis

intulit agresti Latio

“Grecia capturada, capturó a su vez al salvaje vencedor e introdujo las artes en el agreste Lacio”.

2) Senadoconsulto *De Bacchanalibus* 186 a.C. (*CIL* I.2.581)

“[Q]. Marcio h(ijo) de L(ucio), S. Postumio h(ijo) de L(lucio), los cónsules, pidieron la opinión del Senado en las nonas de octubre en el templo de Belona. Para tomar nota estuvieron presentes M. Claudio h(ijo) de M(arco), L. Valerio h(ijo) de P(ublio), Q. Minucio h(ijo) de G(ayo).

En relación con los bacanalistas que estuvieran coaligados, decidieron que se debía dar el siguiente edicto: que ninguno de ellos quiera tener una Bacanal; si hubiera quienes afirmen que es necesario tener una Bacanal, que vayan al pr(etor) urbano de Roma, y que sobre estos asuntos decrete nuestro Senado, una vez haya escuchado sus palabras, y con tal de que no haya menos de cien senadores cuando se trate el asunto. Que no quiera ser bacanalista hombre alguno, ni ciudadano romano, ni del nombre latino, ni de los aliados, a menos que se presenten al pr(etor) urbano y éste lo ordene, de acuerdo con la sentencia del Senado, con tal de que estén presentes no menos de cien senadores. Fue su decisión. Que ningún hombre sea sacerdote; y que ningún hombre ni ninguna mujer sea maestre; y que ninguno de ellos quiera tener dinero en común; y que ninguno quiera hacer a ningún hombre ni a ninguna mujer ni magistrado ni promagistrado; y que a partir de ahora ni se juramenten ni se obliguen con votos entre sí ni se prometan ni se comprometan; y también que ninguno quiera anudar entre sí una relación clientelar. Que nadie quiera celebrar ritos sagrados en secreto; y que nadie quiera celebrar ritos sagrados ni de forma pública ni privada ni fuera de la ciudad, a no ser que se presente al p(retor) urbano y éste lo ordene de acuerdo con la sentencia del Senado, con tal de que hayan estado presentes no menos de cien senadores cuando el asunto se haya tratado. Fue su decisión.

Que nadie quiera celebrar ritos sagrados con más de cinco personas, hombres y mujeres, en total; y que no quieran estar presentes allí más de dos varones, más de tres mujeres, a no ser

que tal como se ha descrito más arriba con referencia al pr(etor) urbano y a la sentencia del Senado.

Que publicuéis esto en una asamblea en no menos de tres nundinas, y que seáis conocedores de la sentencia del Senado –su sentencia fue así: si hubiera quienes obraran contra lo que se ha escrito más arriba, su decisión fue que se les aplique pena capital-: y que inscribáis esto en una lámina de bronce, el Senado opinó que era así justo; y que ordenéis fijarla donde se pueda fácilmente reconocer; y que hagáis que sean destruidas las Bacalanes, si existen algunas, con excepción de lo sagrado que pueda haber, en los diez días desde que se os hayan entregado los documentos. En el territorio Teurano”.

3) Cicerón, *Sobre el orador* 3.24.93

“El método (*ratio*) –o sin método, la práctica misma (*exercitatio*)– para elegir, colocar y concluir las palabras no es difícil. En cuanto a los temas, hay una intrincada selva; y no contentos con que los griegos no pudieran dominarla y que por eso nuestra juventud, a medida que los aprendía, prácticamente los desaprendía, en estos dos años surgieron además, ¡válgame el cielo! (*si dis placet*), rétores latinos. Y yo en mi censura los expulsé mediante un edicto, no porque no quisiera –como cuentan que no sé quiénes decían- que se aguzase el ingenio de nuestros jóvenes (*ingenia adulescentium*), sino porque no quise que las inteligencias se volviesen romas y las desvergüenzas fuertes (*ingenia obtundi nolui, corroborari impudentiam*). Pues en los griegos, fueran como fuesen, había algo de doctrina y saber digno de una verdadera educación (*hanc exercitationem linguae doctrinam aliquam et humanitate dignam scientiam*), mientras que me daba cuenta de que estos nuevos profesores no podían enseñar nada, más que a ser atrevidos (*nihil intellegebam posse docere nisi ut auderent*): audacia que –por mezclada que esté con cosas buenas– en sí misma ha de rehuirse. Y siendo esto lo único que se enseñaba, y al ser esas escuelas de falta de pudor (*impudentiae ludus esset*), pensé que era propio del censor proveer antes de que se extendiese más.

Aún cuando mi juicio y criterio no es tal que pierda la esperanza de que se puedan enseñar y perfeccionar estas cosas de las que estamos discutiendo en latín –pues tanto nuestra lengua como la naturaleza de las cosas permite que pueda traducirse para provecho nuestro ese antiguo y espléndido saber de los griegos–, sin embargo precisamos de hombres preparados, que, en este ámbito nuestro, hasta la fecha no han existido; pero si alguna vez surgen, habrá que ponerlos incluso por delante de los griegos”.

4) Suetonio, *Gramáticos y rétores* 26

“Lucio Plotio Galo. Dice Cicerón de él en una carta a Marco Titinio: “Todavía recuerdo que, aún niños nosotros, un tal Plotio había empezado a dar las primeras lecciones en lengua latina:

los más entusiastas entraron en competición para trabajar junto a él, y a mí me dolía no tener esta oportunidad; me retenía, por otro parte, la autoridad de los hombres más cultos que todavía creían más provechosas, para cultivar la inteligencia, las prácticas en lengua griega”.

5) Aulo Gelio, *Noches áticas* 15.11.2

“Algunos años después de ese senadoconsulto, los censores Cneo Domicio Ahenobarbo y Lucio Licinio Craso publicaron un edicto acerca de reprimir a los rétores latinos: “Se nos ha referido que hay unos hombres que han establecido un nuevo género de enseñanza, y que en torno a ellos se congrega la juventud en una escuela: que ellos se han dado el nombre de rétores latinos; que allí los jovencitos holgazanean días enteros. Nuestros mayores establecieron qué cosas querían que aprendiesen sus hijos, y qué escuelas frecuentasen. Estas nuevas cosas, que se hacen contra la usanza y la costumbre de los mayores, ni nos agradan ni nos parecen correctas. Por ello nos ha parecido que debíamos proceder a mostrar, tanto a quienes tienen esas escuelas como a quienes han acostumbrado ir allí, nuestro parecer: no nos place”.

6) Cicerón *Disputaciones tusculanas* 1.1

“Al verme ocasionalmente liberado por completo o en gran medida de las preocupaciones forenses y de los compromisos senatoriales, me embarqué, Bruto, y especialmente por consejo tuyo, en aquellos estudios que, conservados dentro de mí, aplazados en el tiempo, e interrumpidos durante largo período volvía a reverdecen; y puesto que el sistema y enseñanza de todas las artes (*omnium artium ratio et disciplina*), que atañen al recto camino del vivir, se contienen en el estudio de la sabiduría (*studio sapientiae*), que se denomina filosofía (*quae philosophia dicitur*), decidí que era obligación mía sacarla a la luz en lengua latina, no porque no pudiera estudiarse la filosofía en los maestros y en la lengua griegas, sino porque fue mi opinión de siempre que, o los nuestros lo han descubierto todo más sabiamente (*sapientius*) que los griegos por sí mismos, o lo aprendido de ellos, lo han perfeccionado (aquello al menos que consideraron digno de afanarse en ello).

Pues las tradiciones (*mores*), las pautas de comportamiento social (*instituta vitae*) y los asuntos del cotidiano vivir (*resque domesticas ac familiaris*), nosotros lo defendemos mejor, sin duda, y con mayor dignidad; y las estructuras políticas (*rem publicam*), nuestros antepasados, sin ninguna duda, las establecieron con mejores leyes e instituciones. ¿Qué diría de la organización militar (*re militari*) en la que los nuestros sobresalieron no sólo por su valor, sino también por organización táctica y técnica (*disciplina*)? En aquello que se consigue, no mediante el estudio (*litteris*), sino por naturaleza (*natura*) Roma no puede compararse ni con Grecia ni con ningún otro pueblo. ¿Acaso ha habido en cualquier otro pueblo una resistencia (*gravitas*) mayor, una firmeza (*constantia*) mayor, una grandeza (*magnitudo*) de espíritu mayor, una rectitud (*probitas*), fidelidad (*fides*), o una virtud (*excellens virtus*) superior en cualquier

aspecto que pueda ser comparada con la de nuestros antepasados? En cuanto a la formación (*doctrina*) y a la literatura (*omni litterarum genere*) Grecia nos superaba”.

7) Salustio, *Conjuración de Catilina* 8

“Pero no hay duda de que es la suerte la que domina todo: ella celebra u oscurece todas las cosas, más según su capricho que conforme a la verdad. Las hazañas de los atenienses fueron, a mi parecer, grandes y magníficas, pero no tanto como pregona la fama. Mas habiendo surgido en aquella tierra historiadores de altas dotes, los hechos de ese pueblo son celebrados como los más grandes por todo el orbe de la tierra. Así el valor de los que realizaron las cosas es estimado diversamente según pudieron ensalzarlo en sus discursos ingenios más o menos ilustres. En cambio, el pueblo romano nunca abundó en esta clase de hombres, porque los más sabios (*prudentissimos*) eran al mismo tiempo los más activos (*negotiosus*); nadie ejercía la actividad del espíritu (*ingenium*) con exclusión de la del cuerpo (*corpore*), y los varones mejor dotados (*optumus*) preferían los hechos (*facere*) a las palabras (*dicere*), y antes querían ver sus hazañas (*benefacta*) celebradas por otros que referir ellos las de los demás”.

8) Suetonio, *Gramáticos y rétores* 1

“La gramática en Roma, antiguamente, no era objeto de estudio ni disfrutaba del menor prestigio, situación debida, sin duda, a la incultura y a las tensiones bélicas de la ciudad (*rudis scilicet ac bellicosa etiam tum civitate*), que no disponía de tiempo para el cultivo de las disciplinas liberales (*liberalibus disciplinis*). También los comienzos de la gramática fueron modestos, pues los profesores más antiguos, que eran al mismo tiempo poetas y semigriegos (*semigraeci*), no comentaban más que autores griegos, o explicaban lo que ellos mismos habían compuesto en latín. Me refiero a Livio y a Ennio, de quienes es sabido que impartían sus enseñanzas en ambas lenguas, en su patria y fuera de ella”.

9) Livio *Ab urbe condita* 1.8.4-7

“Debidamente cumplidas las funciones religiosas y convocada a asamblea la multitud, que con nada podía fundirse en un solo pueblo organizado a no ser con lazos jurídicos, les dictó leyes. Pensando que para la ruda naturaleza de aquellos hombres éstas serían sagradas si él mismo previamente se hacía respetable mediante señales externas de autoridad, se procuró mayor majestuosidad con los demás distintivos, pero sobre todo con la elección de doce lictores. Algunos piensan que eligió este número de aves que la habían presagiado el reino con su augurio. Pero yo estoy de acuerdo con el parecer de aquéllos para quienes esta clase de servidores se adoptó de la vecina Etruria, como la silla curul y la toga pretexta; y existe la

opinión de que también se tomó el propio número, y que así lo adoptaron los etruscos porque, tras la elección conjunta del rey de entre los doce pueblos, cada uno aportaba un lictor.

Entre tanto, la ciudad crecía acaparando más y más terrenos para las construcciones, al edificar más en previsión de la futura población que en relación a los pobladores que entonces había. Después, para que no estuviese vacía una ciudad tan grande, con el fin de atraer población según un antiguo plan de los fundadores de ciudades, quienes, reuniendo en torno suyo una población humilde y de baja condición, fingían que una raza les había nacido de la tierra (*qui obscuram atque humilem conciendo ad se multitudinem natam e terra sibi prolem ementiebantur*), abre [Rómulo] un asilo en la vertiente entre los dos bosques sagrados, lugar que ahora está cercado. Allí se refugió, procedente de los pueblos vecinos, toda una multitud indiferenciada, sin distinción de libres ni esclavos (*sine discrimine liber an servus esset*), y este contingente fue el primero en vistas a la naciente grandeza (*coeptam magnitudine*).”

10) ILS, 212.I.8-27. Tabla de Lión (Senadoconsulta, 48 d.C.).

“En otro tiempo los reyes gobernaron la ciudad: sin embargo, la sucesión no recaía en sus familiares. Individuos de otras familias y hasta advenedizos ascendieron al trono, como Numa, de estirpe sabina, que sucedió a Rómulo; era de una ciudad vecina, desde luego, y al mismo tiempo extranjero, igual que Tarquinio Prisco, que sucedió a Anco Marcio, Incapaz de ostentar cargos en su propio país a causa de sus sangre impura –era hijo de Demarato de Corinto, mientras que su madre era una mujer de Tarquinia, de noble cuna, pero presumiblemente pobre, que se vio obligada a entregar su mano a semejante marido-, Tarquinio emigró a Roma y se hizo con el trono. Entre Tarquinio y su hijo o nieto (pues incluso en esto existen discrepancias entre los autores), se intercala Servio Tulio. Si seguimos a nuestras propias fuentes, era hijo de una cautiva llamada Ocrisia; en cambio si seguimos a las etruscas, fue al principio el amigo más fiel de Celio Vivenna y participó en todas sus andanzas. Posteriormente, impelido por un cambio de fortuna, abandonó Etruria con lo que quedaba del ejército de Celio y ocupó la colina homónima, a la que puso el nombre de su antiguo capitán. Servio cambió de nombre (pues en etrusco se llamaba Mastarna) y recibió el que he utilizado, alcanzando el trono para mayor gloria del estado.”

11) Tácito, *Anales* 11.24

Sin dejarse convencer por estos razonamientos y otros similares, enseguida el príncipe se manifestó en contra y, convocando el Senado, comenzó a hablar así: “Mis antepasados (el más antiguo de ellos, Claudio, de origen sabino, fue admitido al mismo tiempo en la ciudadanía romana y en la familias de los patricios) me están invitando a emplear sus mismas pautas en los asuntos de estado (*in re publica*), trasladando hasta aquí lo que alguna vez ha sido digno de reseñar. Por ejemplo, no ignoro que los Julios fueron llamados al senado procedentes de Alba,

los Coruncanios de Camerio, los Porcios de Túsculo, y otros, para no seguir buscando ejemplos antiguos, de Etruria, de Lucania y de Italia entera; que finalmente la ciudadanía se extendió hasta los Alpes para unificar bajo nuestro nombre no sólo a los individuos, uno por uno, sino a tierras y a pueblos enteros. Hubo una sólida paz interior y alcanzamos gran auge frente a los extranjeros cuando se concedió la ciudadanía a los traspadanos y cuando, con el pretexto de extender nuestras legiones por el orbe de la tierra (*specie deductarum per orbem terrae legionum*), se añadieron las fuerzas más valiosas de los provinciales y se acudió en ayuda de aquel imperio extenuado. ¿Acaso nos arrepentimos de que los Balbos hayan venido de Hispania y otros hombres no menos ilustres de la Galia Narbonense? Quedan sus descendientes y no nos van a la zaga en amor a esta patria (*amore in hanc patria*). ¿Por qué otra razón se produjo la perdición de los lacedemonios y de los atenienses a pesar de su potencial en armas, sino por mantener apartados a los vencidos como si fueran extranjeros? Nuestro fundador Rómulo fue tan inteligente (*tantum sapientia valuit*) que a muchos pueblos, en el mismo día, les consideró como enemigos y luego como ciudadanos. Extranjeros fueron nuestros reyes. Conceder magistraturas a hijos de libertos no es, como muchos creen equivocadamente, algo reciente, sino una práctica usual del pueblo en la antigüedad. Es cierto que luchamos con los sesones, pero ya se sabe que los volscos y los ecuos nunca formaron un ejército contra nosotros. Fuimos conquistados por los galos, pero también tuvimos que dar rehenes a los etruscos y pasar bajo el yugo de los samnitas. No obstante, si se examinan todas las guerras, ninguna fue más corta que la que se hizo contra los galos; y de ella surgió una paz larga y fiable. Es preferible que ellos aporten su oro y sus riquezas, mezclados ya con nuestras costumbres, artes y familias, a que lo posean por separado de nosotros. Senadores, todo cuanto ahora se tiene por muy antiguo, fue una vez nuevo: los magistrados plebeyos después de los patricios, los latinos después de los plebeyos, los pertenecientes a los demás pueblos de Italia después de los latinos. Esto de ahora también envejecerá, y lo que defendemos ahora con ejemplos, se contará alguna vez entre esos ejemplos”.

Bibliografía selecta

- Wallace-Hadrill, A. (2008), *Rome's cultural revolution*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Flower, H. (2002), "Rereading the senatus consultum *de Bacchanalibus* of 186 BC: gender roles in the Roman Middle Republic", V. Gorman y E. Robinson (eds.) *Oikistes. Studies in Constitutions, Colonies, and Military Power in the Ancient World. Offered in Honor of A. J. Graham*, Brill, Amsterdam, pp. 79-98.
- David, J.-M. (1979): "Promotion civique et droit à la parole: L. Licinius Crassus, les accusateurs et les rhéteurs latins", *Mélanges de l'école française à Rome. Antiquité* 91, pp. 135-181.
- Gruen, E.S. (1990), *Studies in Greek Culture and Roman Policy*, University of California Press, Berkeley.
- Gruen, E.S. (1992), *Culture and National Identity in Republican Rome*, Cornell University Press, Ithaca, New York.
- Gruen, E.S. (2011), *Rethinking the Other in Antiquity*, Princeton University Press, Princeton.
- Grimal, P. (1953), *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques*, Aubier, Paris.
- Woolf, G. (1994), "Becoming Roman, Staying Greek. Culture, Identity and the Civilizing Process in the Roman East", *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 40, pp. 116-143.
- Woolf, G. (2003/4), "Cultural Change in Roman Antiquity. Observations on Agency", *Kodai. Journal of Ancient History* 13-14, pp. 157-167.

III. LA CREACIÓN DEL DISCURSO HISTÓRICO ROMANO

La historiografía sobre los orígenes de Roma: Eneas, Rómulo y la fundación de la ciudad

1) Dionisio de Halicarnaso *Antiquitates Romanae* 1.6.1-13

El primer historiador, que yo sepa, que tocó por encima la historia antigua de Roma fue Jerónimo de Cardia en su obra los *Epígonos*. Timeo de Sicilia relató la época arcaica en su historia general, y registró las guerras contra Pirro de Epiro en una obra aparte. Además de estos, Antígono, Polibio y Sileno y muchísimos otros se ocuparon de los mismos temas, pero no de igual forma, y cada uno de ellos escribió reuniendo unas pocas cosas aplicadas sin rigor, y procedentes de relatos llegados al azar. Semejantes a éstas y nada diferentes son las historias que ofrecieron cuantos romanos narraron en lengua griega los sucesos antiguos de la ciudad: estos escritores, los más antiguos son Quinto Fabio y Lucio Cincio, ambos florecieron durante las guerras púnicas. Cada uno de estos hombres narró con exactitud basada en la experiencia aquellos hechos en los que él mismo había estado presente; en cambio, los sucesos antiguos ocurridos después de la fundación (*ktisis*) de la ciudad los tocaron por encima y de forma sucinta.

2) Dionisio de Halicarnaso, *A.R.* 1, 72, 2. (Helánico de Lesbos *F.G.H.* 1a, frag. 84)

En cambio, el recopilador de *Las sacerdotisas de Argos* y de los sucesos ocurridos en la época de cada una afirma que Eneas, cuando vino a Italia desde la tierra de los molosos en compañía de Ulises, fundó una ciudad y la llamó Roma por una mujer troyana. Dice que ésta, cansada de vagar, exhortó a las demás troyanas a quemar todas juntas las naves. Damastes de Sigeo y algunos otros están de acuerdo con él.

3) Festo p. 266 (Alcimo *F.G.H.* IIIb, frag. 4)

Alcimo dice que Rómulo era hijo de Tirrenia y de Eneas, y que de él nació una nieta de Eneas llamada Alba, cuyo hijo, de nombre Rhomos, fundó la ciudad de Roma.

4) Dionisio de Halicarnaso *A.R.* 1, 72, 5. (Calias de Siracusa *F.G.H.* IIIb 564 frag. 5a)

Calias, que escribió sobre los hechos públicos del tirano Agatocles, dice que Roma, una mujer troyana de las que vinieron a Italia junto con los demás troyanos se casó con Latino, el rey de los aborígenes y tuvo tres hijos, Rhomos, Rómulo y Telégono, y habiendo construido una ciudad, le dieron el nombre de su madre.

5) Dionisio de Halicarnaso *A.R.* 1.73.1-2

Podría citar a otros muchos historiadores griegos que atribuyen a la ciudad fundadores distintos, pero me remitiré a los historiadores romanos, para no parecer demasiado prolijo. Pues bien, de los romanos, no hay ni un solo historiador o cronista que sea antiguo; sin embargo, cada uno de ellos escribió su historia basándose en los relatos antiguos conservados en tablillas sagradas (ἱεραῖς δέλτοις). Algunos de éstos dicen que Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, eran hijos de Eneas; otros dicen que eran hijos de la hija de Eneas, pero no especifican quién era el padre.

6) Nevio y Ennio en Servio Daniel, *Ad Aenidam* 1, 273.

Nevio y Ennio cuentan que Rómulo, el fundador de la ciudad, era su nieto [de Eneas] por parte de su hija.

7) Fabio Píctor (F 1 Chassignet, inscripción del gimnasio de Taormina, Sicilia) II a.C.

Quinto Fabio, llamado Píctor, romano, hijo de Gaio que ha narrado la llegada de Hércules a Italia, al igual que el viaje de Lanoios, de su compañero Eneas y de Ascanio. Mucho más tarde (Πολὶ ὕστερον) vinieron Rómulo y Remo y la fundación de Roma por Rómulo que fue el primer rey.

La cronología de los orígenes de Roma

8) Dionisio de Halicarnaso, *A.R.* 1.74-75.3

El último asentamiento o colonización de Roma, o como deba llamarse, según Timeo de Sicilia (no sé qué sistema cronológico usa) tuvo lugar en la misma época que la fundación de Cartago, treinta y ocho años antes de la primera Olimpiada (813 a.C.). Lucio Cincio, un miembro del senado, piensa que fue hacia el cuarto año de la XII Olimpiada (728 a.C.) y Quinto Fabio habla del primer año de la VIII Olimpiada (747 a.C.). Porcio Catón no determina la época según el cómputo griego, pero preocupándose como ningún otro de recoger datos de las historias antiguas, señala como fecha de la fundación el año cuatrocientos treinta y dos después de la guerra de Troya. Esta fecha comparada con las *Cronografías* de Eratóstenes corresponde al primer año de la VII Olimpiada (751 a.C.). En otra obra he explicado que es correcto el sistema cronológico que sigue Eratóstenes y cómo uno puede adecuar las fechas romanas a las griegas.

Desde luego, yo no consideraba suficiente, como Polibio de Megalópolis, decir simplemente que estoy convencido de que Roma fue fundada en el segundo año de la VII Olimpiada (750 a.C.), ni tampoco dejar mi creencia sin comprobar basándome en una única tablilla conservada por los sumos sacerdotes, sino que me parecía conveniente sacar a la palestra los razonamientos en los que me apoyé para que los examine quien quiera. Pues bien, la exactitud es evidente en aquel tratado, y a lo largo de esta obra serán mencionados los datos más esenciales.

Éste es el estado de la cuestión: más o menos todos están de acuerdo en que el ataque de los celtas, durante el que fue tomada la ciudad de Roma, ocurrió cuando era arconte en Atenas Pirgión, en el primer año de la XCVIII Olimpiada (387 a.C.). Si retrotraemos el tiempo anterior a la toma de la ciudad hasta Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino, los primeros cónsules de Roma después de la caída de los reyes, el período comprendido es de ciento veinte años. Esto se puede demostrar de muchas maneras, pero en concreto con las actas de los censores, que son transmitidas de padres a hijos y se pone mucho interés en que pasen a la posteridad, como los ritos familiares: muchos hombres ilustres de las familias de los censores conservan estas memorias. En ellas encuentro que dos años antes de la toma de la ciudad hubo un censo del pueblo de Roma, en el que, como en los demás, está añadida la fecha, así: "En el consulado de Lucio Valerio Potito y Tito Manlio Capitolino, ciento diecinueve años después de la expulsión de los reyes". Así pues, la invasión celta, que descubrimos que ocurrió dos años después del censo, tuvo lugar cumplidos los ciento veinte años. Y si se tiene en cuenta que este intervalo de tiempo fue de treinta olimpiadas, por fuerza hay que admitir que los primeros cónsules designados desempeñaron su magistratura en el primer año de la LXIII Olimpiada, durante el arcontado de Iságoras en Atenas (507 a.C.)

Y contando el tiempo hacia atrás desde la expulsión de los reyes hasta Rómulo, el primero que gobernó la ciudad, resulta un total de doscientos cuarenta y cuatro años. Esto se sabe por el orden en que se sucedieron los reyes y por los años que cada uno estuvo en el poder. Se dice que Rómulo, el fundador de la ciudad, reinó treinta y siete años, y después de su muerte la ciudad estuvo sin rey durante un año. Luego, Numa Pompilio, que fue elegido por el pueblo, reinó cuarenta y tres años. Después de Numa, Tulo Hostilio, treinta y dos; su sucesor, Anco Marcio, veinticuatro. Después de Marcio, Lucio Tarquinio, llamado Prisco, reinó treinta y ocho años. A éste le sucedió Servio Tulio durante cuarenta y cuatro. El asesino de Servio, el tirano Lucio Tarquinio, que por su desprecio a la justicia fue llamado "Soberbio", prolongó su reinado durante veinticinco años. Doscientos cuarenta y cuatro años completos, o sea sesenta y una Olimpiadas, fue el tiempo que los reyes estuvieron en el poder, de modo que por la fuerza Rómulo, el primero que gobernó la ciudad, empezó su reinado en el primer año de la VII Olimpiada, cuando Cárope en Atenas estaba en el primer año de su década como arconte (751

a.C.). Pues bien, el cómputo de años exige esto. Ya he indicado en aquel tratado que mencioné los años que gobernó cada uno de los reyes.

9) Dionisio de Halicarnaso A.R. 4.7.1-3

En efecto se admite que, tras el fin de Tarquinio, Tucio heredó el trono y lo ocupó durante cuarenta y cuatro años, de modo que, si el hijo mayor de Tarquinio tenía veintisiete años en la fecha en que perdió el trono, cuando mató a Tulio tenía que tener más de 70. Sin embargo, los historiadores nos han transmitido que por aquel entonces estaba en plena juventud, y aseguran que él mismo levantó en vilo a Tulio, lo sacó del Senado y lo tiró escaleras abajo. Su caída del gobierno tiene lugar veinticinco años después de estos sucesos, y en este mismo año nos lo presentan en la guerra contra los de Ardea, llevando a cabo los trabajos personalmente. Pero no tiene sentido que un hombre de noventa y seis años tome parte en la guerra. Tras su expulsión del poder, todavía luchó contra los romanos por los menos catorce años y dicen que él en persona estaba presente en todas las acciones. Todo esto es contrario al sentido común, pues parece haber vivido ciento diez años, longevidad esta que no se da en nuestras tierras. Algunos historiadores de Roma observaron estas incongruencias intentaron resolverlas con otras, haciendo que la madre de los niños no fuera Tanaquil, sino una tal Gegania de la que no nos ha llegado ninguna otra noticia. De nuevo a destiempo se produce el matrimonio de Tarquinio, con cerca de ochenta años, y es increíble que un hombre de esa edad pueda engendrar hijos. Además, no era un hombre sin descendencia como para desear tenerla a toda costa, sino que tenía dos hijas, y ya casadas. A la vista de estas circunstancias imposibles y absurdas sostengo, y en esa idea coincido con Lucio Pisón Frugi, que es el único que en sus *Anales* da cuenta de esta versión, que los niños no eran hijos sino nietos de Tarquinio; a no ser que los niños fueran nietos del rey por nacimiento, pero hijos suyos por adopción, y esto explicaría el error de todos los demás historiadores de Roma.

La analística romana republicana y el problema de la verdad histórica

10) Aulo Gelio, *Noctes Atticae* 5.18.1-6

Algunos piensan que la historia se diferencia de los anales en que, aunque las dos son la narración de los hechos sucedidos, la primera lo es en concreto de los acontecimientos que presencié aquel que los narra. Verrio Flaco dice en el cuarto libro de su obra *Acerca del significado de las palabras* que hay quien sostiene esa opinión. Sin embargo, afirma que él tiene dudas al respecto, aunque piensa que parece haber alguna razón para esa suposición, ya que en griego “historia” significa “conocimiento de los hechos que se presencian”. Pero nosotros hemos oído a menudo que los anales son enteramente lo mismo que las historias, y que, sin

embargo, las historias no pueden asimilarse directamente a los anales, del mismo modo que quien es un ser humano es por obligación un animal pero no todo animal tiene que ser un ser humano. Así se dice que las historias son la exposición o descripción de los acontecimientos o eso que puede llamarse de cualquier otro modo, pero que son anales cuando los hechos sucedidos en muchos años se disponen sucesivamente conservando el orden de cada año.

Cuando los acontecimientos se narran no por años, sino día a día, esta historia recibe en griego el nombre de efemérides (*ephemeris*), cuya explicación aparece en el primer libro de la obra de Sempronio Aselión, del cual hemos extraído muchas palabras como igualmente mostraremos lo que, en ese mismo lugar, este autor decía que diferenciaba a las *res gestae* de los *annales*. Decía: “Ciertamente entre aquellos que han querido dejar unos *annales* y los que han tratado de escribir con detalle los hechos de los romanos, media lo siguiente. Los libros de *annales* muestran simplemente los hechos que sucedieron cada año, lo que equivale casi a escribir un diario, que los griegos llaman "efemérides". Pero nos parece que decir lo que ha sucedido no es de ningún modo suficiente, si no se expone además con qué deliberación (*quo consilio*) y por qué razón (*quaque ratione*) se ha llevado a cabo”. Poco después en ese mismo libro afirma: “Los libros de *annales* no pueden mover a nadie para estar más dispuesto a defender la República ni para actuar, más indolente, en su perjuicio. Pues escribir con qué cónsul se inició la guerra y con cuál se finalizó, y quién entró triunfante, y no decir en ese mismo libro qué sucedió durante la guerra, qué decretó el senado entretanto, qué ley o proyecto de ley se presentó o con qué intención (*quibus consiliis*) se llevó todo esto a cabo es contar cuentos a los niños y no escribir historia (*id fabulas pueris est narrare, non historias scribere*)”.

11) Cicerón, *De Oratore* 12.15.63

La lógica de los acontecimientos (*rerum ratio*) requiere una cronología (*ordinem temporum*) y una descripción de las regiones. Se exige además indicar lo que el autor juzga acerca de las intenciones (*de consiliis*), puesto que en los eventos importantes y dignos de memoria se espera, en primer lugar, una indicación sobre los proyectos (*consilia*), luego sobre lo sucedido y después sobre las consecuencias (*eventus*). En cuanto a los hechos, hay que exponer no sólo lo que se hizo y lo que se dijo, sino también de qué modo; al hablar de los resultados se deben explicar todas las causas (*causae*), ya sea el azar, la sabiduría o la temeridad y además de las gestas de los hombres hay que indicar algo sobre la vida y carácter de aquellos que sobresalen por su renombre y reputación.

12) Dionisio de Halicarnaso *A.R.* 1.84.1 y 4

En cambio otros, que piensan que lo fabuloso no es apropiado para un escrito histórico, afirman que la exposición de los recién nacidos, realizada por los sirvientes de manera distinta a como

les fue ordenado no es verosímil y la mansedumbre de la loba, que ofreció sus ubres a los niños, la rechazan como una historia llena de extravagancia dramática. (...) La que crió a los niños y les dio el pecho dicen que no fue una loba, sino como es natural una mujer que vivía con Fáustulo, de nombre Laurencia, a la que por haber prostituido en un tiempo los encantos de su cuerpo los residentes en el Palatino le pusieron el nombre de *Lupa*.

13) Valerio Anciate F2 Chassignet (= Pseudo-Aurelio Víctor *Origo gentis Romanae* 21.1)

Según Valerio, el rey Amulio entregó a su esclavo Fáustulo los niños que habían nacido de Rhea Silvia para que los matara, pero éste, ante la súplica de Númerito para que no lo hiciera, se los dio a su compañera (*amicae suae*) Acca Larencia con la intención de que los alimentara. A esta mujer la llamaban “loba” porque solía entregar su cuerpo por dinero.

14) Tito Livio *Ab urbe condita, Praefatio* 1-8

¿Haré cosa que valga la pena si narro la historia del pueblo romano desde el principio de la ciudad (*a primordio urbis res populi Romani*)? Ni estoy seguro ni, aunque lo estuviera, osaría proclamarlo. Veo, en efecto, que es asunto tan viejo como conocido, ya que continuamente aparecen nuevos historiadores (*novi scriptores*) que creen que va a aportar alguna precisión más en el orden de los hechos o a superar en su arte literaria la rudeza arcaica. Pero en cualquier caso, será una satisfacción haber contribuido yo también en la medida de mis fuerzas a la memoria (*memoria rerum gestarum*) del primer pueblo del mundo. Y si entre tal muchedumbre de historiadores queda oscurecida mi fama, la calidad y grandeza de los que eclipsen mi nombre me servirá de consuelo. El asunto requiere, además, de un inmenso esfuerzo, pues se remonta a más de setecientos años, y desde muy modestos principios ha crecido hasta sufrir bajo el peso de su propia grandeza. Bien sé, por otra parte, que los orígenes mismos y los tiempos inmediatos a ellos han de gustar poco a la mayoría de lectores, presurosos por llegar a esta época moderna en que las fuerzas de un pueblo, ya de antiguo poderoso, se destruyen a sí mismas. Pero, como recompensa adicional de mi esfuerzo, pretendo yo apartarme de la contemplación de las desgracias que durante tantos años ha visto nuestra generación: por lo menos mientras con toda mi alma evoco aquellos tiempos primitivos (*illa prisca*), libre de cualquier inquietud que, aun sin desviarlo de la verdad (*flectere a vero*), podría turbar el ánimo de un escritor.

Los hechos anteriores a la fundación de la ciudad o a la idea de fundarla, más bien embellecidos con leyendas poéticas (*poeticis fabulis*) que apoyados en auténticos documentos históricos (*incorruptis monumentis rerum gestarum*), no me propongo sostenerlos ni rechazarlos. Se otorga a la antigüedad la licencia de ennoblecer los primeros tiempos de las

ciudades mezclando lo humano con lo divino. Y si a cualquier pueblo hay que permitirle santificar sus orígenes y atribuirlos a iniciativa de los dioses, es tal la gloria militar del pueblo romano, que cuando presenta como padre suyo y padre de su fundador precisamente a Marte, las otras naciones lo han de tolerar con la misma serenidad con que toleran su imperio. Pero estos relatos y otros semejantes a estos, comoquiera que se los considere o juzgue, no los someteré a riguroso escrutinio.

15) Tito Livio *Ab urbe condita*, 6.1.1-2

La historia de los romanos desde la fundación de la ciudad hasta la toma de la misma [por los galos], primero, bajo los reyes y, después, bajo los cónsules y los dictadores, decenviros y tribunos consulares, guerras exteriores y sediciones internas, la he desarrollados en cinco libros; acontecimientos oscurecidos, en parte, por su excesiva lejanía en el tiempo, como cuando se vislumbra con dificultad algo que está muy distante en el espacio, y en parte, porque durante aquel período eran escasos los testimonios escritos (*rarae litterae*), únicos guardianes fieles de los hechos históricos (*una custodia fidelis memoriae rerum gestarum*); por otro lado, porque, si bien algunos estaban recogidos en los *comentarios* de los pontífices (*commentariis pontificum*) y en otros documentos públicos y privados, la mayoría de ellos se perdieron en el incendio de la ciudad. A partir de ahora se expondrá con mayor claridad y seguridad la historia civil y militar de la Urbe, renacida a partir de sus segundos orígenes con mayor lozanía y fecundidad, como un brote nuevo de un tronco.

16) Cicerón *Sobre las leyes* 1.1-3.

Ático. Allí está el célebre bosque y ésta es la encina de los Arpinates; bien lo recuerdo de mis frecuentes lecturas del *Mario*: porque, si la famosa encina vive todavía, sin duda que es ésta, pues es muy vieja.

Quinto. Ya lo creo que vive, amigo Ático, y vivirá siempre, plantada como fue por la mano del genio. Que no hay arte de jardinero que no pueda plantar un árbol tan eterno como lo hacen los versos del poeta.

Ático. ¿Cómo es eso, Quinto? ¿Qué es eso que plantan los poetas? Me parece que con este elogio a tu hermano tratas de hacer tu propia propaganda (*suffragari tibi*).

Quinto. Quizá sea así; pero en tanto hablen las letras latinas (*Latinae litterae*), no faltará en este lugar la encina famosa de Mario, la cual, como dice Escévola del *Mario* de mi hermano, “encanecerá por siglos innumerables”. Como si no hubiera podido tu querida Atenas conservar en su Acrópolis el olivo sempiterno, ni la que se enseña hoy fuera la misma esbelta y flexible palmera que, según dijo Homero, Ulises había visto en Delos; así otras muchas cosas, en muchos sitios, viven por la fama más de lo que pudieron durar en la

realidad. Quedemos, pues, en que sea ésta la encina aquella “cargada de bellotas” de la que voló un día “la dorada mensajera de Jove, de admirable figura”. Que incluso cuando las inclemencias del tiempo o la vejez acaben con ella, habrá siempre aquí una encina, que llamen “la encina de Mario”.

Ático. No lo dudo. Lo que te pregunto, no ya a ti, Quinto, sino al poeta [Cicerón] aquí presente, es si fueron tus versos los que plantaron esta encina o si es verdad que te contaron la anécdota de Mario que tú narras (*verum an ita factum de Mario ut scribis acceperis*).

Marco. Desde luego responderé a tu pregunta, pero no sin que antes tú, Ático, me digas si es cierto que Rómulo, después de muerto, deambulando por las cercanías de tu casa, le dijo a Julio Próculo que estaba divinizado y que su nombre era Quirino, y ordenó que se le dedicara un templo en aquel sitio; asimismo, si es verdad que en Atenas, también cerca de la que fue tu antigua mansión, el viento Aquilón raptó a Oritia; así, al menos dice la tradición (*sic enim est traditum*).

A. ¿A cuento de qué y para qué preguntas esto?

M. Nada más que para que no investigues con demasiado rigor las tradiciones de esa clase (*ne nimis diligenter inquiras in ea quae isto modo memoriae sint prodita*).

A. Pero es que existe duda de si son inventadas o verdaderas muchas cosas del *Mario* (*atqui multa quaeruntur in Mario fictane an vera sint*) y algunos reclaman que digas la verdad, ya que se trata de historia reciente y de una persona de Arpino (*et a nonnullis, quod et in recenti memoria et in Arpinati homine versere, veritas a te postulatur*).

M. ¡Vive Dios que no quiero pasar por mentiroso (*medacem*)! Sin embargo, estos tales, amigo Tito, no saben lo que hacen al exigirme que, en esta empresa, diga la verdad, como si fuera un testigo y no un poeta (*non ut a poeta sed ut a teste veritatem exigant*); sin duda se creen que Numa conversó con Egeria y Tarquinio fue coronado por un águila.

Q. Ya comprendo, hermano mío, que, según tú, hay que observar unas leyes en la narración histórica (*in historia leges*) y otras distintas en la poesía (*in poemate*).

M. Así es, puesto que en aquélla todo se endereza a la verdad (*in illa ad veritatem referantur*), y en ésta todo al efecto artístico (*ad delectationem*); por más que se encuentran un sin fin de fábulas (*fabulae*) tanto en Herodoto, padre de la Historia, como en Teopompo.

A. Ya atrapé la ocasión que deseaba y no la dejaré escapar.

M. ¿Ocasión de qué, Tito?

A. Hace tiempo que se te viene pidiendo –mejor, reclamando como obligación (*flagitur potius*)– que escribas un libro de historia (*historia*). Pues se piensa que, tratándola tú, se conseguiría que tampoco en este género tuviéramos que reconocer la superioridad de Grecia (*in hoc etiam genere Graeciae nihil cedamus*). Es más, para que sepas mi opinión personal, me parece que debes este tributo no sólo a los admiradores de tus obras, sino hasta a la patria (*patriae*), a fin de que la que fue por ti salvada sea también ilustrada

(*ornata*) por ti. A la verdad que, por lo que me alcanza y te he oído decir muchas veces, falta una historia en nuestra literatura (*abest enim historia litteris nostris*). Y tú puedes ciertamente llevar a cabo esa historia, tratándose, como se trata, según tú mismo sueles decir, de cosa como ninguna digna de un orador. Por lo tanto, te pedimos que te pongas a la obra, y dedica tu tiempo a esa historia que nuestros escritores han dejado hasta la fecha ignorada o abandonada. Porque, después de los Anales de los pontífices máximos, que son la cosa más insulsa del mundo (*quibus nihil potest esse ieiunius*), si pasas a Fabio o a aquel Catón de quien siempre hablas, a Pisón, a Fanio o a Venonio, aunque cada uno de ellos supere al anterior, con todo ¿hay algo más árido (*exile*) que todos ellos juntos? Celio Antípato, contemporáneo de Fanio, elevó algo el tono y tuvo más estilo, todavía tosco (*agrestis*), es verdad, y, por tanto, áspero (*horridas*), sin brillo ni arte (*sine nitore ac palaestra*), pero pudo, sin embargo, aleccionar a otros para que escribieran mejor. A pesar de ello, vinieron entonces como sucesores Gelio, Clodio, Aselión, que para nada recuerdan a Celio, sino la falta de expresión e inepticia de los antiguos (*ad antiquorum languorem et inscitiam*).

Y ¿para qué tener en cuenta a Macro? Su locuacidad no carece de ingenio, pero no del género elegante de la facundia griega, sino de la de los mezquinos amanuenses latinos; y en los discursos mucha e inoportuna hinchazón, exagerada osadía. Sisena, amigo de aquél, superó sin discusión a todos nuestros escritores hasta el día, como no queden inéditos de quienes no podemos juzgar. Pero, por lo demás, jamás se le contó como orador, entre nosotros; y en su *Historia* se entretiene con cosas pueriles, como si, de los griegos, sólo hubiese leído a Clitarco y a ningún otro, pero tan sólo a aquél quisiera imitar, por más que, aunque lo pudiera alcanzar, todavía hubiese quedado lejos de la perfección. Por lo cual, te toca a ti cumplir con esa contribución, a no ser que Quinto sea de otra opinión.

Q. Nada de eso; ya lo hemos hablado muchas veces. Pero existe entre nosotros una pequeña diferencia.

A. ¿Cuál?

Q. Acerca de la época con que empieza la narración. Pues yo me decido por la más remota (*ab ultimis temporibus*), porque está descrita de suerte que ni se puede leer; él, en cambio, prefiere la historia contemporánea (*aetatis suae memoria*), que abarque los sucesos en que él tomó parte.

A. Yo me inclino por la opinión de éste, habiendo como hay acontecimientos importantísimos en la historia de nuestros tiempos. Además podrá celebrar los méritos de nuestro gran amigo Gneo Pompeyo; se encontrará también con aquel memorable año suyo, y prefiero publique estas cosas que, como suele decirse, lo de Rómulo y Remo (*ut aiunt, de Remo et Romulo*).

- M. Ya sé, Ático, que se espera de mí ese trabajo, y no lo rehuiría, si se me dejara tiempo desocupado y sin preocupaciones (*vacuum tempus et liberum*), porque tamaña obra no puede emprenderse ocupado y preocupado como estoy; hacen falta dos cosas: verse libre de afanes y verse libre de asuntos (*cura et negotio*).
- A. Entonces ¿qué tiempo disponible tuviste para escribir todas las otras obras que, en mayor número que cualquiera de nosotros, has escrito?
- M. Se me presentan algunos sobrantes de tiempo, que no dejo se pierdan, de modo que, si tengo algunos días para ir al campo (*ad rusticandum*), se aprovechan para escribir algo proporcionado al número de días. Pero una Historia ni puede comenzarse sin una tranquilidad previamente asegurada (*praeparato otio*) ni puede concluirse en poco tiempo, y yo, tan pronto empecé algo, pierdo el sosiego al verme arrastrado a otra cosa, pues no reanudo la labor interrumpida con la misma facilidad con que concluyo la comenzada.
- A. Evidentemente un libro así requiere alguna encomienda o alguna vacación de este tipo, que deje a uno libre y sin negocios.
- M. Por mi parte, pensaba más bien en la liberación por la edad, máxime cuando no rehuiría el despachar consultas sentado en mi silla patriarcal, al modo tradicional en nuestra patria (*more patrio*) y cumpliría con gusto y decoro la obligación de una vejez eficiente. Y así me sería posible trabajar cuanto quisiera en este tema que tú deseas y en otros muchos más provechosos y más importantes.

Corpora

Jacoby, F. (ed.) (1923-1955), *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Leiden (*F.Gr.Hist.* o *FGH*).

Peter, H. (ed.) (1870), *Historicorum romanorum reliquiae*, Stuttgart (F 1 Peter o F 1 P).

Beck, H. y Walter, U. (eds.) (2001), *Die frühen römischen Historiker*, Darmstadt (*FRH*).

Chassignet, M. (ed.), (1996-2004), *L'annalistique romaine*, París (F 1 Chassignet o F 1 Ch.)

Cornell, T.J. (ed.). (2013), *The Fragments of the Roman Historians*, Oxford.

Bibliografía selecta

- Cornell, T.J. (1975), "Aeneas and the twins: the development of the Roman foundation legend", *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 21, pp. 1-32
- Feldherr, A. (2003): "Cicero and the Invention of Literary History", *Formen römischer Geschichtsschreibung von den Anfängen bis Livius*, U.Eigler, U.Gotter, N.Luraghi y U. Walter (eds.), Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, pp. 196-212.
- Feeney, D. (2007), "Transitions from Myth into History I: The Foundations of the City", en *Caesar's Calendar. Ancient Time and the Beginnings of History*, University of California Press, Berkeley, pp. 68-107.
- Lendon, J.E. (2009), "Historians without history: Against Roman Historiography", *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, A. Feldherr (ed.), Cambridge University Press, Cambridge, pp. 41-61
- Martínez-Pinna, J. (2002), *La prehistoria mítica de Roma. Introducción a la etnogénesis latina*, Universidad Complutense, Madrid (= Anejos de Gerión nº 6)
- Martínez-Pinna, J. (2010), *Las leyendas de fundación de Roma. De Eneas a Rómulo*, Universidad de Barcelona, Barcelona (= Instrumenta nº 39).
- Pocock, J.G.A. (1962), "The origins of study of the past: A comparative approach", *Comparative Studies in Society and History* 4.2, pp. 209-246.
- Verbrugghe, G.P. (1972), "On the meaning of Annales, on the meaning of annalist", *Philologus* 133, pp. 192-230.
- Veyne, P. (1995)[1983], *¿Creyeron los griegos en sus mitos?*, Ediciones Granica, Buenos Aires.
- Walters, K.R. (1996) "Time and Paradigm in the Roman Republic", *Syllecta classica* 7, pp. 69-97.
- Williams, B. (2006)[2002], "¿Cuál era el problema con Minos?" en *Verdad y veracidad*, Tusquets, Barcelona, pp. 151-170.
- Wiseman, T.P. (1983), "The Credibility of the Roman Annalists", *Liverpool Classical Monthly* 8.2, pp. 20-22.
- Woodman, A.J. (1988), "Theory: Cicero", en *Rhetoric in Classical Historiography: Four Studies*, Areopagitica Press, London-Sydney, pp. 70-116.